

PRÓLOGO

“Para los pobres del planeta, incluso un pequeñísimo incremento de sus rentas puede representar una gran oportunidad. Esto hace que la responsabilidad objetiva de los ricos sea escalofriante.”

Alessandro Baricco

“Davos y Porto Alegre se necesitan.”

Editorial de El País, 27 enero 2003

Este libro, como probablemente casi todos los libros, se ha hecho a la vez que se iba haciendo. Ni el título ni el contenido estaban previstos cuando empecé a ordenar mis ideas en torno a un tema que, con frecuencia, ha estimulado mis preocupaciones. Desde hace muchos años, el mundo de las Fundaciones, sus orígenes, sus problemas, sus posibilidades de crecimiento, ha sido la columna vertebral de algunos de mis análisis y reflexiones, y mi dedicación laboral durante mucho tiempo. Siempre que abordaba una cala reflexiva en la historia actual, en el haber y utilidad social o en las dificultades de desarrollo de las Fundaciones, me salía al paso un interrogante inevitable: ¿Cómo son realmente las Fundaciones norteamericanas, que representan, por razones obvias, el paradigma más avanzado y más completo de esta institución filantrópica? ¿Cómo evolucionan al compás de los nuevos tiempos?

La observación, desde diversos puntos de vista, de que el mundo de la filantropía norteamericana –hacia cuyo ejemplo tienden las Fundaciones del mundo desarrollado– estaba cambiando me llevó a estudiar, recabar datos y contrastar informaciones sobre este fenómeno. Mi primer proyecto de trabajo estaba dedicado a analizar las nuevas tendencias de la Filantropía en los EE.UU. Este fue el comienzo del camino, que se prometía muy agradecido y que me ha traído hasta aquí.

Pero en el entretanto, cuando mi estudio iba avanzando, si bien, en honor a la verdad, con algunas dudas y sin demasiado entusiasmo por mi parte como luego explicaré, se produjo un hecho histórico, que vino a cambiar, según una opinión generalizada y aceptada, la marcha de la Historia. Los aviones suicidas del 11-S destruyeron las Torres Gemelas de Nueva York y nos obligaron a repensar nuestra realidad contemporánea. No estábamos en el fin de la Historia, como algunos creían, y el futuro, que algunos habían podido imaginar y otros pronosticar, daba un giro insospechado para la mayoría. Muchos aspectos de la realidad, en lo más grande y en lo más pequeño, en el plano general y en el particular, en lo global y en lo local, comenzaron a verse desde una perspectiva diferente. El 11-S marcaba un “antes” y un “después” para muchas cosas.

Después de la conmoción del primer momento, cuando nada parecía seguro, la cuestión principal era reconstruir un escenario, permítaseme la metáfora teatral, que se había roto en nuestros propios ojos. Había que volver a ver y a pensar a la luz, para unos cegadora y para otros clarificadora, de lo que había sucedido. El planteamiento original de mi proyecto de libro quedaba seriamente cuestionado, pues me parecía que la onda expansiva del 11-S afectaría, de un modo o de otro, a la vieja y a la nueva Filantropía norteamericana. Así que mi trabajo, que había ido, poco a poco, tomando cuerpo, entró en crisis. En aquellas circunstancias, era lógico, el libro que me proponía escribir no era una excepción, y en mi análisis no podría soslayar este impacto sobre la sociedad norteamericana y sus mitos, que irremediablemente acabaría afectando a las Fundaciones de aquel país. Consideraba que no se podía escribir sobre la Nueva Filantropía sin tener en cuenta lo que le había ocurrido a la nación norteamericana, a su tejido social, a su sociedad civil.

El libro cambió de rumbo y hasta de título, pues el que inicialmente tenía previsto, en estrecha relación con la Nueva Filantropía, no se correspondería con su nuevo contenido, todavía incierto, es verdad, y que, poco a poco, se fue conformando en torno a la idea de la “responsabilidad global de la riqueza”, acorde con la orientación de mis nuevas reflexiones. Creo que merece la pena explicar en este prólogo cuáles han sido los pasos que me han llevado a esta reorientación de mi trabajo. El 11-S fue el desencadenante, pero el esquema final fue decantándose en una dirección coherente, me parece a mí, con el descubrimiento de elementos clave para interpretar y entender la nueva situación.

El título definitivo del libro fue surgiendo a medida que el texto iba creciendo y que se ordenaban las sugerencias dialécticas de los hechos y de las informaciones. Creo además que este título, así como el desarrollo de las

páginas del libro, poseen un mayor interés para el lector que la simple constatación y explicación de las transformaciones de la Filantropía norteamericana en los últimos años, que tendrían un interés meramente informativo. No quería que mi estudio se quedara en una mera aportación de nuevos datos sobre unas circunstancias que afianzaban la posición de las Fundaciones en una sociedad próspera en permanente evolución, sin más amenazas que sus propios demonios habituales ni más peligros que los errores de su propia gestión. Pretendía, ahora, centrarme, sobre todo, en las alteraciones que estaba produciendo y podía producir un acontecimiento que, sin proponérselo, dejaba al descubierto un escenario nuevo, que había permanecido oculto o que había sido ignorado.

El 11-S dinamitó las líneas básicas de mi proyecto y, por qué no decirlo, reavivó un interés que iba decayendo al no encontrar en las nuevas tendencias filantrópicas las profundas novedades que había creído ver en mi primera aproximación al tema. Como en un paralelismo revelador, introdujo en la modesta redacción de mis palabras una dimensión nueva, que revolucionaba su contenido, y me permitía enfrentarme con nuevas derivaciones del tema nuclear, que lo hacían más atractivo e interesante a mis ojos al menos. Afloraban y descubría nuevos datos, que incidían muy directamente en las cuestiones tratadas, y me daban un nuevo panorama posible en el que situar la labor de las Fundaciones.

Ahora, estas instituciones se veían inexcusablemente frente al nuevo contexto global que el 11-S había descerrajado en la pantallas de nuestros televisores; la dramática realidad inmediata podía explicar o justificar que, en los primeros momentos, se demorasen reacciones y respuestas a un interrogante de semejante magnitud por parte de las grandes Fundaciones norteamericanas. Sin embargo, a mi juicio, algo tenía que empezar a pasar, cuando se comenzaba a superar el impacto inicial, en el plano de la reflexión sobre el significado de lo ocurrido y también en la orientación futura de sus actividades. Mis investigaciones comenzaban a tener así un propósito más concreto, un objetivo final más definido.

El nuevo contexto global, en esta nueva perspectiva, se convertía en una referencia clave para interpretar el papel de estas instituciones, en lo que son y en lo que pueden ser, en lo que hacen y deberían de hacer. Los procesos de globalización en los que nos hallamos inmersos obligan a pensar en nuevas políticas filantrópicas, si es que se desea mantener la fidelidad a las raíces de estas instituciones sociales, como el título de este libro intenta apuntar.

1. El principio: la nueva filantropía

Pero regresemos, por un momento, a la idea original, al punto de arranque. Todo empezó cuando, una vez publicado *El Azul del Puzzle*¹, quería darle otro tiento al tema de las Fundaciones; hacer algo nuevo pero que, siendo nuevo, enlazara con mis anteriores proyectos y preocupaciones. Fue Víctor Pérez Díaz, buen amigo y seguidor atento y perspicaz de los cambios sociales y políticos, quien me sugirió que me acercara a estudiar el fenómeno de los nuevos ricos de Internet, los cuales, en aquel momento, estaban todos los días en los periódicos por las enormes fortunas que habían conseguido siendo todavía jovencísimos. ¿Qué iban a hacer con sus vidas? ¿Cómo iban a gastar tanto dinero? ¿Iban a dar un nuevo impulso a la filantropía norteamericana? Tira de ese hilo, me vino a decir Víctor, y a ver qué encuentras.

El fenómeno de la aparición de esos jóvenes multimillonarios era algo tan nuevo como la Sociedad de la Información, y era también novedosa la forma en la que, a veces también con grandes titulares, como en el caso de Bill Gates, practicaban la filantropía. El asunto me pareció interesante. Me podía permitir, pensé, salir del mundo de las Fundaciones españolas sin perder por ello la conexión con los asuntos que me habían venido preocupando desde hacía muchos años, tanto en mi vida profesional como en mis análisis y reflexiones personales. Seguiría moviéndome en esa, para muchos, indecisa frontera entre lo privado y lo público, donde la iniciativa privada adquiere proyección pública por tratar de dar respuesta a asuntos de interés general.

Sin pensarlo mucho más, y gracias a una ayuda de la Fundación Ramón Areces, me desplazé a la Boston University para analizar como *visiting scholar* las tendencias de la nueva filantropía en EE.UU. Creo que no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que el tema no tenía para mí el interés que yo, en un principio, había pensado. No llegaba a descubrir cambios esenciales en la forma en la que actuaban los nuevos filántropos y lo que veía de nuevo no me sonaba bien; me parecía percibir un tufillo, permítaseme decirlo así, poco “filantrópico” en las preocupaciones que muy a menudo a través de Internet, y de forma verdaderamente reiterativa, hacían llegar a los medios de comunicación los nuevos filántropos de muy distinto pelaje e importancia. Buscaba novedades interesantes y lo que encontraba eran discusiones de corto vuelo sobre organización, dinero y eficacia.

¹ Sáenz de Miera López, Antonio, *El Azul del Puzzle: la identidad del Tercer Sector*, ed. Nobel, Oviedo, 2000.

Recuerdo una entrevista especialmente reveladora, que terminó por confirmar mis sospechas, que tuve en un despacho en la Universidad de Harvard con un elegante joven bostoniano, especialista en los llamados “empresarios sociales” (*social entrepreneurs*). Mientras esperaba, me entretenía yo en mirar los libros que había en las estanterías de su despacho y no encontraba nada que despertara mi interés en relación con mi asunto: descubrí que la inmensa mayoría eran de marketing.

Debo confesar que, sin abdicar de mis propósitos y de mi buena voluntad, no llegué, en ningún momento, a sentirme realmente motivado para profundizar en unas innovaciones que me parecían meramente instrumentales. No es que no encontrara informaciones valiosas y nuevas tendencias, digamos, de cierto interés, pero continuamente tenía la sensación de que la finalidad de esta supuesta Nueva Filantropía quedaba rebajada o devaluada por la excesiva importancia que se concedía, en mi opinión, a la eficacia, como si no hubiera cosas más importantes en qué pensar cuando de lo que se trataba era de ayudar a resolver los grandes problemas sociales de nuestro tiempo. Llegué incluso a añorar a los viejos filántropos (una debilidad que no me podía permitir si quería realizar bien mi trabajo de documentación) que, quizás con la distancia del tiempo, me parecían más coherentes con sus ideas y más generosos con sus fortunas que éstos de ahora.

Con todo, las notas para mi libro, aunque lentamente, seguían avanzando. La información que recogía no era, precisamente, la que yo esperaba encontrar pero era la que era en ese momento, y, como sucede en muchas ocasiones, la distancia entre la realidad y el deseo, entre lo que se pretende y lo que tiene realmente, es ya un dato en sí mismo que conviene tener muy en cuenta. En ningún momento pensé en dejar el propósito que me había llevado a la Boston University porque, a pesar de todo, pensaba que ese nuevo sesgo de la filantropía, que me proponía analizar, tenía un significado que debía encontrar y continuaba acumulando materiales y, con frecuencia, decepciones.

De todo eso hablo en la Primera Parte, en la que trato de dar un panorama general sobre las Fundaciones norteamericanas antes del 11-S. Mi punto de partida son las viejas Fundaciones de la “Edad de oro”. A partir de aquí trato de identificar cuáles son esos cambios, cuáles son esas nuevas tendencias de la filantropía norteamericana en los últimos años, cuál es su carácter y naturaleza, y, sobre todo, cuál es su valor a la luz de lo que me parece a mí que son las exigencias de nuestro tiempo.

En ese juego, entre lo que cambia y que permanece, entre la complacencia de unos o el rechazo de otros hacia el pasado, uno termina descubriendo que la realidad nunca está en los extremos que tiran siempre más de lo que verdaderamente pueden. Así, juntando, ordenando y analizando

datos, proyectos, opiniones, impresiones personales, de diversa procedencia, me aproximé a un conocimiento mas detallado de la situación real y de las perspectivas de futuro posibles.

Con este nuevo punto de vista, debo reconocer que pude descubrir signos de una nueva tendencia, pero, por lo que podía ver, su alcance real era todavía muy limitado. No dejé de encontrar, sin embargo, con el paso del tiempo y afinando más en mi búsqueda, algunas novedades interesantes. Los nuevos ricos de la nueva economía eran el núcleo duro donde podía encontrar las principales novedades, en lo que se denomina como la *Venture Philanthropy*.

Empecé a reconocer apuntes, en esta *Venture Philanthropy*, de una crítica necesaria –en ocasiones, me parecía a mí, algo desproporcionada– que trataba de poner en evidencia la lentitud, la arrogancia, y el distanciamiento con los que, según algunos de los nuevos filántropos, actuaban algunas de las viejas y grandes Fundaciones norteamericanas. Así, para contrarrestar esta inercia peligrosa, los nuevos filántropos proponen establecer e intensificar la colaboración de las grandes Fundaciones con las organizaciones del Tercer Sector. Se trata de alimentar y fortalecer una especie de constelación de instituciones y de organizaciones mutuamente dependientes, en la que unos ofrecen, entre otras cosas, dinero, y otros, ideas, proyectos, voluntarios, una visión diferente de los problemas.

Además de esto (que es, ciertamente, importante, pues contiene una acusación nada velada de desconexión con la realidad por parte de las viejas Fundaciones), los nuevos filántropos marcan las distancias con la cultura empresarial de la sociedad industrial. Más que la metáfora de la empresa, que se utilizaba sobre todo para la configuración de las Fundaciones y su organización en la época de los pioneros, se utiliza ahora la del empresario, como una forma más ágil y dinámica, más fácilmente adaptable a los cambios (la empresa era el paradigma de la sociedad industrial y el empresario es el paradigma de la sociedad de la información).

Todo eso está muy bien, hay algunas novedades en el horizonte, y ahí quedan, en el texto, por lo que puedan valer. Pero esa noticia tan importante de que nunca en la historia de la humanidad se había dado un crecimiento de la riqueza como en los últimos años, no podía terminar, o eso pensaba yo, en algo no exento de interés pero de muy corto alcance si lo situamos al lado de los interrogantes y los desafíos que plantea el nuevo escenario general, a nivel social, político, cultural, a nivel local y planetario. Es posible que fuera en este punto cuando me empezó a rondar por la cabeza la idea de que la responsabilidad que los ricos del planeta, y en particular los de EE.UU., tenían ante los problemas del mundo globalizado eran ahora mayo-

res que nunca en la historia. Pero no anticipemos acontecimientos. Porque entre tanto viene el 11-S.

2. El 11-S

Estaba inmerso en estas disquisiciones, tratando de dar con la clave que diera sentido a mi trabajo, cuando estalló el 11-S. La noticia me llegó, como a otra mucha gente, casi mientras estaba sucediendo, como un mazazo, como una pesadilla. Estaba dirigiendo un curso en la Universidad Menéndez Pelayo. Esto es anecdótico; también lo es, pero tuvo para mí su importancia, que aquellos trágicos sucesos obligaron a permanecer en España más tiempo del previsto a Anne Carter, eminente profesora de Economía de la Universidad de Brandeis, a la que había conocido durante mi estancia en Boston y que participaba en el curso mencionado. Esto me permitió mantener largas conversaciones con ella sobre su país y el 11-S, que significaron una primera inflexión del tema que me traía entre manos y un primer vislumbre de mis nuevas preocupaciones.

También por aquellos días tuve una llamada de los editores de la traducción italiana de mi "Azul del Puzzle"² para preguntarme si quería actualizar algún dato de la edición española. Primero dije que no, pues el libro era todavía reciente y no veía yo nada nuevo, así de pronto, que mereciera actualización. Pero, reflexionando con más detenimiento sobre el tema, pensé que sí que había algo nuevo, algo realmente importante que alteraba muchas cosas: el 11-S había "removido" el puzzle al que yo me refería en aquel trabajo. Y ello me llevó a preparar un prólogo en el que empezaron a cobrar vida mis nuevas ideas sobre las Fundaciones norteamericanas, enfrentadas ahora a una nueva e insólita situación. El puzzle se había removido. Las piezas ya no encajaban de la misma forma.

El puzzle era una útil y descriptiva metáfora para tratar de explicarme. Alguien había dado un manotazo en la mesa y las piezas se habían movido; esta imagen, la verdad, no estaba muy lejos de lo que realmente había ocurrido. Mi atención se centraba, especialmente, en el azul, esa zona difícil de cuadrar, con perfiles todavía borrosos en algunos de sus lados, que algunos autores identifican como Tercer Sector, sector independiente, o sector voluntario y lo hacía, o trataba de hacerlo (en estos casos, uno no tiene la certidumbre de conseguirlo del todo), sin dejar de lado sus conexiones con los otros espacios. En cierto modo, la imagen del puzzle me obligaba a ello, por que en él es más que evidente que nada es ajeno e independiente del todo,

² Sáenz de Miera López, Antonio, *L'Azurro del puzzle - Fondazioni e Terzo Settore in Spagna*, Marsilio Editore- Collana Sagi e Rapporti Ristuccia Advisors, Roma, 2003.

hay unas relaciones de conjunto que no podemos ignorar si queremos entender lo que vemos, la imagen global y los detalles.

Pues bien, el puzzle social, el puzzle planetario, el puzzle global, en su complejidad de relaciones y conexiones, había sido removido. Y si las circunstancias cambian, como así parece haber sido, entonces el puzzle ya no puede ser el mismo, y, por tanto, las referencias y las señales, que antes nos servían para orientarnos, es más que posible que hayan quedado desfasadas o, simplemente, borradas del mapa. Hoy, esas circunstancias que han alterado sensiblemente el horizonte del puzzle de las sociedades occidentales, y, en general, del mundo civilizado, tienen una fecha que ya ha quedado registrada en la memoria colectiva de nuestras sociedades: el 11 de septiembre. ¿Qué ha cambiado o qué puede cambiar en el “azul” después de esta fecha?”

Como en el caso del puzzle, un edificio puede convertirse en una metáfora que nos dé idea de la debilidad o fortaleza de todo un sistema social. Nadie podía imaginar, antes del fatídico 11 de septiembre, que una metáfora podría hacerse realidad con tal fuerza. Las Torres Gemelas, centro y símbolo de un sistema económico, el capitalismo, y el Pentágono, centro militar de la primera potencia del mundo, caían ante la mirada atónita de millones de espectadores de todo el planeta que lo podían observar en directo a través del televisor. En muy poco tiempo, en horas casi se podría decir, comprendimos que este ataque terrorista modificaría de forma sustantiva el horizonte de preocupaciones y, por tanto, de actuaciones, de los Estados, de las sociedades civiles, de los mercados.

Ante un panorama semejante resultaba ineludible preguntarse por lo que había podido ocurrir con las piezas que daban sentido al puzzle del que trataba en aquel libro, en sus contenidos y sus encajes y, particularmente, qué había podido ocurrir con ese nuevo espacio del azul. Sin duda, el puzzle había sido removido y lo que había que tratar de saber era el lugar y el valor de cada una de las piezas y de los espacios en el conjunto del nuevo paisaje que se empezaba a vislumbrar.

Quiero recordar que, al escribir ese prólogo para la edición italiana, entré de lleno en el 11-S, cuyo impacto era reciente, y pensé que valía la pena volver a mi tema primitivo, pero ahora con un propósito más definido; con un poderoso motivo que podía empezar a alterar el suelo y el horizonte de las instituciones filantrópicas norteamericanas, sus estructuras organizativas y sus proyectos de futuro. Me interesaba ahora medir, en lo posible, las consecuencias que el 11-S podría tener en la Filantropía norteamericana. Fue este mi segundo momento de reflexión, que finalmente me llevó a cambiar el contenido de mi proyecto y a darle una orientación que me pareció mucho

más interesante. El 11-S se convirtió así en el Intermedio del libro, y en su elemento clave: como en todas cuestiones, marcaría también un “antes” y un “después” para las Fundaciones norteamericanas. Al menos eso es lo que pensaba yo.

3. ¿Una nueva conciencia de la realidad?

Regresaba a mi idea de origen pero con otra perspectiva. Este primer acercamiento en el prólogo a la edición italiana de *El Azul del Puzzle* a lo que había representado el 11-S para las Fundaciones norteamericanas volvió a proporcionarme resultados inquietantes. He de empezar por decir, como ya habrá advertido el lector, que mi análisis, que pretende ser objetivo, no es el de un observador desapasionado, y a veces puedo esperar encontrarme con cosas que no son posibles todavía, que me dejé llevar más por el deseo de lo que “debiera ser” que por lo que “realmente es” hoy. Consideraré, sin embargo, que el estudio de la influencia que los acontecimientos del 11-S habían tenido o hubieran debido tener en el mundo fundacional era algo que merecía la pena seguir y conocer; algo había removido las aguas y podía resultar extremadamente interesante profundizar en lo que estaba pasando y en lo que podía pasar en los próximos meses.

Llegué a pensar que las primeras impresiones que había recibido eran excesivamente tempranas, que respondían tanto al bloqueo como a la inercia que un acontecimiento de la magnitud del 11-S podía provocar. Llegué a pensar también que, tal vez, había mar de fondo y no estaba demás conocer su dimensión actual y su posible alcance en un futuro no muy lejano.

Seguí las pistas de esa primera aproximación que había realizado para el prólogo y traté de completar la información que ya tenía a través de cartas, correos electrónicos, páginas web, conversaciones telefónicas, y aproveché un nuevo viaje a EE.UU. para visitar algunas Fundaciones en Nuevo México y California.

Pronto empecé a comprobar varias cosas. Hablar de Fundaciones y de EE.UU., así, en general, era un punto de partida demasiado amplio y, si se quiere, abstracto, para ir perfilando un estudio que había de empezar por tocar suelo. Como es bien sabido, hay muchos tipos de Fundaciones y de organizaciones de la sociedad civil norteamericana, de tamaños y capacidades muy distintas, que reflejan la riqueza y la diversidad que también se observa en la situación que presentan los Estados de la Unión, unos más ricos y otros menos ricos. Esta diversidad institucional y geográfica me había de llevar a ser prudente a la hora de hacer generalizaciones. Aunque para ello, creo, sí podía permitirme una excepción, dada su influencia y su capa-

cidad, como era y es el muy reducido grupo de las grandes Fundaciones norteamericanas, el núcleo duro de la filantropía en EE.UU., un universo tan pequeño como reconocible por sus acciones o por sus omisiones, por lo que dice o por lo que calla.

Al principio, en esa búsqueda de información confirmé, como era de esperar por otra parte, que nada había habido más urgente que remediar los daños humanos y materiales que habían sufrido Nueva York y Washington. Era lógico que lo local y lo nacional fueran el ámbito de preocupación prioritaria de la actividad inmediata de las Fundaciones norteamericanas. La cuestión que después se me planteó fue investigar las alteraciones o cambios que, con el paso del tiempo, se podrían empezar a producir en las propias Fundaciones, en sus proyectos y organizaciones de cara al futuro, para conocer cuál había sido la reacción ante unos hechos que tan directamente parecían afectarles y hasta qué punto les habían provocado una reflexión adecuada. Me interesaba indagar si, en efecto, se estaba produciendo un cambio de mentalidad en las Fundaciones, en los filántropos norteamericanos; y, si era así, constatar cuál era su dimensión y su alcance.

Me parecía que, una vez pasada la normal preocupación por Nueva York como epicentro del seísmo, se tendría que superar esa visión tan limitada sobre el impacto de los atentados y adquirir en consecuencia una perspectiva mayor y más matizada sobre el fenómeno y sus causas reales. Descubrir esa orientación, que me resultaba imprescindible, ese era, en definitiva, el objeto esencial de mi "nuevo" proyecto: saber si el impacto del 11-S había llegado a las Fundaciones norteamericanas y éstas habían llegado a tener una percepción más global de lo que se puede entender en nuestros días como el interés común o general.

En esa línea doy en el libro la información recogida sobre los proyectos de algunas Fundaciones en torno ya a los problemas globales: no son muchos, pero algunos son muy interesantes porque abren nuevas vías y nuevas pautas de actuación. Sobre todo he tratado de descubrir los cambios que se estaban produciendo en las actitudes frente a la valoración del 11-S y la importancia que, a mi juicio, el mundo fundacional debería atribuir a sus consecuencias. Pero debo reconocer que, transcurrido un año y medio de los atentados ni los proyectos han sido los que cabía esperar ni los cambios de interés son de gran calado.

4. Y al final del camino, la responsabilidad global de la riqueza

En esta situación, evidentemente dramática, yo creía que los hechos latentes, que había sacado a la luz el 11-S, exigían soluciones rápidas, deci-

siones más urgentes que las que el lento proceso social que yo iba descubriendo me hacía temer. En definitiva llegué a la conclusión de que había que ayudar al desarrollo de ese proceso de mil maneras y que una de ellas podía ser llamar la atención sobre la necesidad de una acción global y sobre la responsabilidad de las Fundaciones para promover vías de convergencia para su consecución.

Los cambios iban más lentos que en mis previsiones iniciales. Pero, en todo caso, la incertidumbre sobre el futuro del mundo, y el hecho de que, al menos aparentemente, esté en nuestras manos escribirlo, darle forma, nos obliga a estar muy atentos a los signos que puedan enunciarlo o que delaten una orientación nueva o un sesgo desconocido hasta ahora. De ahí mi propósito de contribuir, a través del libro que tenía entre manos, a denunciar la miopía que puede suponer no valorar en su justa medida este cambio de la cuestión social que nos preocupaba hasta ahora a nivel nacional, y que ha pasado a ser una cuestión social global, algo que es, a mi entender, un tema clave de nuestro tiempo.

Pero para realizar este nuevo propósito fui pensando en cambiar el estilo de mi trabajo y completar la parte informativa sobre la evolución de las Fundaciones norteamericanas, con otra parte más especulativa y menos neutral, que es la Parte Tercera, que puede parecer problemática y que es, desde luego, discutible. Este cambio de rumbo, que se movía en el nuevo horizonte, se dirigía en dos direcciones; de una parte, no limitarme a dar una mera información y reflexionar por mi cuenta, y de otra, pasar de las Fundaciones a la riqueza que las sustenta.

La relación entre las Fundaciones y la riqueza era y es evidente y no creo que haya que explicarla. Probablemente, así lo pienso ahora, me vino esta idea al contemplar esa riqueza emergente que se crea con la nueva economía. Porque esa nueva riqueza provenía de un “negocio” global y lo que ponía de manifiesto el 11-S era también global, con lo que se establecía una relación tácitamente significativa, imposible de eludir en cuanto comportaba unas nuevas responsabilidades para la filantropía (y para la riqueza).

El desarrollo del Estado de Bienestar en la segunda mitad del último siglo terminó por ser una respuesta equilibrada y eficaz a las necesidades y a las exigencias de la cuestión social en el plano nacional en los países más avanzados de Occidente. Ahora, con las debilidades del Estado de Bienestar en la retaguardia, la nueva cuestión social ha rebasado ampliamente las fronteras nacionales. Ni los Estados nacionales, por sí solos, pueden ofrecer soluciones fiables, ni las sociedades civiles pueden proponer alternativas creíbles que no se contemplen desde una perspectiva global de los problemas.

A este propósito puede servirnos la comparación de la situación actual con los primeros años de la revolución industrial en el siglo XIX. Podemos preguntarnos en qué momento o momentos, si es que los hubo, se encendió la alarma del peligro del gran conflicto social que la revolución industrial había planteado; cuándo se dieron cuenta las fuerzas políticas de que la subversión del orden económico, político y social era ya un peligro real, inminente, que exigía una respuesta equivalente para mantener el orden social.

Ya sé que no existe un paralelismo absoluto entre ambas situaciones. Pero hay algo en común que nos puede llevar a pensar que el 11-S es ahora ese momento, es decir, el momento de entender las exigencias sociales de la nueva sociedad de la información y sus implicaciones globales, y en consecuencia, de ir planteando y tomando las medidas necesarias para resolverlas. El compromiso socialdemócrata, que estaba en el origen del Estado de Bienestar, se situaba siempre en el interior de las fronteras nacionales. En el ámbito de esas fronteras se desarrollaban las relaciones laborales, se creaba el empleo y se organizaba la solidaridad, ya fuera fiscal o social, es decir, voluntaria.

Pero hoy estamos en la sociedad de la información, que es la sociedad global. Y ese compromiso de solidaridad, que se logró en los Estados nacionales de bienestar, no se da en la sociedad global. Sin embargo, los países que han llegado a gozar de los beneficios de dicha sociedad y los que no lo han hecho viven hoy tan juntos como lo estaban obreros y empresarios en la sociedad industrial. Es más, estando como pueden estar a miles de kilómetros de distancia, se encuentran más al tanto de los problemas, las modas, los éxitos o los desastres de unos y otros, que lo que lo estaban ricos y pobres, empresarios y trabajadores, en una nación industrial en el siglo XIX o principios del XX.

Por otra parte, la huelga general revolucionaria, en el horizonte de las viejas reivindicaciones y sus armas de fuerza, es poca cosa si se compara con las posibilidades que hoy ofrecen a “los excluidos” Internet, los ordenadores, los nuevos medios de comunicación y las nuevas tecnologías para la coacción y la amenaza.

De ahí la escalofriante responsabilidad de la riqueza de la que habla Baricco. Era muy consciente cuando decidí introducir esta nueva cuestión, de que se trataba de un tema peliagudo y de que lo más que podía hacer yo era insinuarlo, esbozarlo, plantearlo. Y eso es lo que trato de hacer con la esperanza de que el hecho de llamar la atención sobre este asunto pueda, quizás, contribuir de alguna manera a que vaya cuajando la idea de que los ricos tienen un compromiso (y un compromiso de primer orden) con la eliminación de la pobreza en el mundo.

¿Habrá servido de algo la experiencia histórica para abordar la nueva situación social global, con los procedimientos del diálogo y la concertación, que finalmente aseguraron el Estado de Bienestar? Ese reformismo, que ahora parece representar el Presidente brasileño Lula, ¿es viable a escala mundial? Una cierta dosis de voluntarismo ¿hará posible la solución de los problemas globales pendientes?

Habrá que empujar este proceso en el sentido de que la riqueza sea más consciente de sus obligaciones globales, y habrá que hacerlo en diversas direcciones. La primera de ellas es que se reconozca y se admita la necesidad de contar con la riqueza: que lo reconozcan y expliquen los Gobiernos, que lo defiendan y argumenten los ciudadanos (las organizaciones de la sociedad civil), y, como es lógico, que lo admitan los propios ricos. Este argumento es, al parecer, el que, de hecho, ha aceptado el Presidente brasileño Lula cuando acude a Davos. Creo que a lo que fue, y así lo explicó, era a buscar esa complicidad de la riqueza de la que estamos hablando ahora, en la solución de la pobreza en el mundo. La novedad de esta posición se vio en la reacción del Foro Social de Porto Alegre que arremetió naturalmente contra él por asistir al cónclave de la elite política y financiera. Los que protestaban eran en su mayoría miembros del movimiento Sin Tierra y del ala radical del partido de los trabajadores, que es el que ha llevado a Lula al poder.

Ante este dilema, podemos preguntarnos si estos movimientos radicales tienen alguna fórmula mágica, que sólo ellos parecen conocer, para solucionar los problemas de la pobreza y las desigualdades en el mundo. La opacidad de la historia nos impide contestarnos, pero nos invita a arriesgar otra pregunta: ¿ha dado alguna prueba la riqueza de ser consciente de su responsabilidad en la solución de esos problemas globales?; es decir, ¿ha habido algún movimiento de la riqueza en esa dirección? No estoy hablando ahora de las Fundaciones sobre las que ya dijimos lo que teníamos que decir. Me refiero a la riqueza en su nuda realidad económica y operativa.

Algunos representantes de instituciones financieras se han apresurado a ofrecer su colaboración al experimento de Lula. Naturalmente se podrá pensar que si lo han hecho es porque les interesa: hoy por hoy, parece evidente que la estabilidad de Brasil es esencial para los negocios. Pero a eso se le puede llamar convergencia de intereses, algo que hay que recibir bien, porque abre caminos. También se puede pensar que estos ofrecimientos son el abrazo del oso, aunque sería aventurado pensarlo, porque estos propósitos ocultos no contribuirían a la consolidación de Lula que puede considerarse como una vía de solución en un área tan agitada como Iberoamérica.

En cualquier caso, de lo que se trata en este libro es de promover estas preguntas y de favorecer nuevas actitudes. Con que alguien pensara que, como antes existía una cuestión social nacional, ahora existe una cuestión social global, habría logrado uno de mis objetivos. El otro sería que, al igual que la cuestión social nacional en gran parte se ha resuelto, se empezaran a proponer medidas encaminadas a resolver la cuestión social global, con la intervención responsable de la riqueza.

Antes de finalizar estas líneas debo agradecer una vez más su colaboración imprescindible a Luciano Egido y a Juan Andrés García. Sin su estímulo, sus ideas y sus palabras nunca habría podido escribir este libro. Tampoco lo habría podido hacer sin el trabajo metódico, paciente y eficaz de Mayra para poner orden y claridad en los textos. Gracias por ello.

Cercedilla, enero 2003.